



ANTONIO PRATA, «Traducción de cinco crónicas selectas»

ANTONIO PRATA, «Translation of five selected chronicles»

Traducido por ELIZABETH SOTELO

University of Oregon. 1585 E 13th Ave, Eugene, OR 97403, USA.

Dirección de correo electrónico: esotelo@uoregon.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7685-3534>

Recibido: 27/3/2019. Aceptado: 30/8/2019.

Cómo citar: Prata, Antonio, «Traducción de cinco crónicas selectas», trad. Elizabeth Sotelo, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 22 (2020): 581-590.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.22.2020.581-590>

Eu não saberia definir crônica
Yo no sabría definir la crónica
Antonio Prata

1. INTRODUCCIÓN

Antonio Prata es un escritor, cronista y columnista en el periódico *Folha de São Paulo*. São Paulo, Brasil, no es únicamente su lugar de nacimiento (1977) y presente residencia, sino también un espacio urbano que permite su inspiración y la consecuente producción de sus obras. En función de ello se ha considerado la selección de cinco crónicas pertenecientes a su libro *Trinta e Poucos* (2016). Mi objetivo es poder visibilizar el trabajo de Prata para que –en el presente y en un futuro– se pueda considerar su singular aporte dentro de la crónica contemporánea latinoamericana.

La presente traducción permite la observación del pensamiento del autor, con respecto al género de la crónica, en función del estilo con el que construye cada texto. «Um escritor! Um escritor!» (pp. 9-11) gira en torno a la experiencia del escritor, dentro de una aeronave, y su deseo de que se

busque urgentemente a un escritor como él, en lugar de a un médico. La segunda crónica, «Recordação» (pp. 12-14), nos lleva dentro de un taxi que recorre las calles de São Paulo, mientras el taxista relata, al narrador pasajero, la historia que vivió con su esposa fallecida. Por otra parte, «Vespertina tropical» (pp. 15-17) se caracteriza por la voz narrativa que critica el desequilibrio en las creaciones de Dios y se cita como ejemplo principal a la aurora boreal. Seguidamente, «Separação» (pp. 18-20) trata del relato del narrador que narra el martirio y muerte de una vaca arrastrada por el río. Como consecuencia de dicho evento se produce una separación sentimental entre su novia y él cuando llegan a São Paulo. Finalmente, «Indo embora» (pp. 224-226) proyecta el desequilibrio mental de un padre, quien es la voz narrativa, cuando es testigo de que su hija de dos años y medio lo está cambiando por otra figura masculina, la de un niño. Las cinco crónicas, de diferentes maneras, recorren São Paulo, Río de Janeiro y otros espacios contemporáneos.

Las cinco crónicas representan la postura experimental del cronista. En una entrevista, realizada por el escritor Luís Henrique Pellanda, Prata explica lo siguiente: «...la definición de la crónica preocupa a las personas por la propia indefinición del género, dado que nace del cruce entre la literatura y el periodismo, pero que, a pesar de ser híbrido, es profundamente fértil y capaz de producir cachorros con diversos rostros».¹ Esta hibridación permite que el cronista reconquiste el elemento en cuestión (evento, concepto, objeto, persona, lugar, etc.), lo interprete y lo recree bajo su subjetividad.

Los cinco textos parten del yo-narrador y, por lo tanto, son autobiográficos. Ante ese estilo particular, Prata advierte en una entrevista: «Una crónica, no obstante, también puede ser una historia, un caso, ocurrido o no. ¿Qué la diferencia de un cuento, entonces? Dejo la pregunta a los expertos en Teoría Literaria; yo realmente no lo sé».² Para poder responder a la pregunta de la cita, hay que considerar lo que la investigadora Claudia Darrigrandi propone: «La crónica ha sido también un medio (no exclusivo) para ejercitar la definición de la identidad latinoamericana en oposición a

¹ Versión original: «Acho que a definição de crônica ocupa tanto as pessoas pela própria indefinição do gênero, esse vira-lata que nasceu do cruzamento da literatura com o jornalismo, mas que, apesar de híbrido, é profundamente fértil e capaz de produzir filhotes com as mais diversas caras» (2011: en línea).

² Versión original: «Uma crônica, contudo, também pode ser uma história, um caso, ocorrido ou não. O que a diferenciaria de um conto, então? Deixo a pergunta aos entendidos em Teoria Literária; eu realmente não sei» (2011: en línea).

una identidad anglosajona o ibérica» (2013: p. 136). La identidad latinoamericana es indefinible y/o multidefinible por su diversidad e hibridación; es –en otras palabras– lo que no se puede categorizar. Una crónica, como la de Prata, se diferencia de un cuento en el preciso momento que, como escritor, él introduce sus perspectivas e interpretaciones. Dentro del género, existen escritores que tienen una definición precisa de lo que debe ser una crónica y otros que son conscientes de su inmensidad. Desde mi perspectiva, una crónica debe mostrar la reelaboración de un asunto y debe tener la intencionalidad comunicativa de crear novedad.

2. TRADUCCIONES

2.1. ¡Un escritor! ¡Un escritor! (Um escritor! Um escritor!)

Con el periódico en una mano y una bebida guaraná de dieta en la otra, caminaba por las calles de Kiev mientras me alejaba de los muros y de las bombas molotov. Cuando, de repente, una voz en el parlante me trasladó de regreso al sillón 11C. La voz anunciaba: «Atención, señores pasajeros, en caso de que haya un médico a bordo, haga el favor de presentarse ante uno de nuestros tripulantes de cabina».

Se armó un discreto alboroto: todos cuchicheando, mirando alrededor, buscando al enfermo, y a un doctor. No fue hasta que, del fondo de la aeronave, apareció nuestro héroe. Vino con pasos firmes –canoso, como suele ser–. La propia vanidad disfrazada como un Clark Kent que –en aquel momento– estaba más interesado en comer sus maníes que en demostrar sus superpoderes.

Un tripulante lo encontró en medio del pasillo y lo llevó, de prisa, hacia una señora gordinflona que se agarraba la cabeza e hiperventilaba en la primera línea del avión. El médico se agachó, le tomó el pulso, le auscultó el pecho y la espalda, conversó en voz baja con ella, y después habló con una aeromoza. Trajeron una caja de metal y él le dio una pastilla a la enferma. Ni habían pasado diez minutos cuando volvió a su asiento por sus maníes –bajo las miradas admiradas de todos en la aeronave–. Sin embargo, mi admiración –debo admitirlo– fue rápidamente absorbida por la envidia.

Entonces, cuando nació la medicina, con Hipócrates, la historia de Gilgamesh ya circulaba por el mundo hacia más de dos milenios: desde tiempos inmemorables. Mientras el cuerpo obedecía a su dios, el alma era explicada mediante mitos, versos, fábulas, y, sin embargo... Sin embargo,

queridos lectores, ¿quién ha oído a una aeromoza pedir ansiosamente: «Atención, señores pasajeros, en caso haya un escritor a bordo, por favor de presentarse ante uno de nuestros tripulantes de cabina»?

Yo no me apresuraría. Cerraría el periódico sin prisa, pondría un bolígrafo bic y una servilleta en el bolsillo, iría hacia la señora gordinflona, y me agacharía a su lado. En voz baja conversaríamos. Ella me confesaría – ¡quién sabe!– que estaría a punto de reunirse con su hijo después de diez años peleados. Ella querría decirle alguna cosa bonita a él, mas no era buena con las palabras. Yo elaboraría una solución rápida. Preguntaría lo siguiente: los motivos de la pelea, el nombre del hijo, y si se parecía más a Chet Baker o a Sylvester Stallone. Luego, traería a su memoria recuerdos preciosos de su relación entre madre e hijo. Pondría a sonar uno o dos poemas de Bill Drummond –o de Raúl, dependiendo del gusto de la cliente– y, antes de que aterrizara la aeronave, entregaría a la mujer tres párrafos capaces de hacer verter lágrimas hasta a la estatua de Borba Gato.

De regreso a mi asiento, los pasajeros me halagarían y compartirían historias semejantes. Una madre joven me contaría que su primo poeta al oír las exclamaciones del camarero en un restaurante: «¡Un escritor, por el amor de Dios, un escritor!», atendió al llamado. El poeta logró escribir el pedido de matrimonio de un chico apasionado, en la tarjeta de un arreglo floral, antes de que la futura novia volviera del baño. También, un señor comentaría el caso muy conocido del escritor que, en un crucero, después de las súplicas de tres mil turistas, fue capaz de convencer a doscientos tripulantes a abandonar el gerundio. Yo sonreiría levemente. Diría: «Pues, si usted escogió esa profesión, tiene que estar preparado para las emergencias». Luego, rechazaría educadamente la bolsita de maníes que mi vecina del sillón me ofrecería y volvería a los bombardeos de Crimea, con mi vaso de guaraná.

2.2. Recuerdo (Recordação)

«Hoy íbamos a festejar los veinticinco años de casados», dijo él, mirándome por el retrovisor. Me quedé sin reacción. Había tomado el taxi en la calle Nove de Julho, el tránsito estaba fatal, llevábamos en el carro media hora, y faltaba recorrer la calle Faria Lima y llegar a la calle Pinheiros; todo en el más impecable silencio. Ahí, entonces, él me encara por el espejo y, como si fuera la continuación de una larga conversación, comenta: «Hoy íbamos a festejar los veinticinco años de casados».

Mi sorpresa no duró mucho, pues él pronto continuó: «Nunca voy a olvidarlo: primero de junio de 1988. Nos conocimos en un bar en la ciudad de Santos y de allí para adelante, ¡nunca hubo un día sin que nos habláramos! Hasta que hace cinco años atrás... ¿Qué se puede hacer, cierto? Si Dios lo quiso así...».

Hubo un breve silencio, en cuanto adelantamos a un camión de basura, y conseguí mencionar un «Lo siento mucho». «Gracias. Al comienzo fue complicado, ahora me estoy acostumbrando. ¿Pero sabe qué es más difícil? No tener una foto de ella». «¿No tiene ninguna?». «No, tengo ninguna foto, sí, tengo hasta un álbum, mas no tiene fotos de ella haciendo las cosas de ella, ¿entiende? Por ejemplo: ella se encuentra en nuestra boda, toda arreglada. Mas ella no era de aquella manera: con el peinado, con el vestido. ¿Sabe el recuerdo que yo tengo de ella? Con el delantal. Solo que cada vez que teníamos el almuerzo era una fiesta allí en la casa, y alguien aparecía con una cámara en la cocina, ella rápidamente se sacaba el delantal, iba a arreglarse el cabello, hasta parecerse de una forma que no era ella. He pensado mucho en eso, acerca de las fotos, hablo con los pasajeros y descubro que es así, el ser humano es así. El ser humano ... mira ... el ser humano trabaja cada día ... vamos a decir ... cada día va a su trabajo y nunca toma una foto de la portería, del bebedor, del baño, de esos lugares en los que pasa el tiempo entero. Luego, en cierto momento va a una playa cualquiera, lleva la cámara, el celular, y clic, clic, clic. No tiene sentido. ¿Para qué el ser humano quiere grabar las cosas que no son parte de su vida y las cosas que lo son, no? ¿Me entiendes? No tengo una foto de mi esposa en el sofá, viendo la novela, pero tengo una de ella en el *jet ski* de mi cuñado, allá en la represa de Guarapiranga.³ ¿Entro aquí en la calle Joaquim?». «Sí».

«El año pasado me dio una agonía, una nostalgia, cogí el álbum, solamente tenía aquellos retratos del matrimonio, del viaje, del *jet ski*, ¿Sabes lo que hice? Fui a Santos. No lo sé, quise volver a aquel bar donde nos conocimos». «¿Y qué?!». «Ahí, pues que el bar había cerrado en el 94, mas el propietario, un señor de edad, moraba en el inmueble. Yo le expliqué mi historia, él me dijo: Entra. Fue allí en un armario, que sacó una caja de zapatos y dijo: Son todas las fotos del bar, puede escoger una, llévesela de recuerdo».

Paramos en un farol. El taxista sacó la cartera del bolso, tomó la foto y me la dio. En la foto había unas cincuenta personas en las mesas, más unas

³ Ubicada en São Paulo.

cuantas en el mostrador. El taxista me dijo: «Mire la fecha ahí en la esquina de abajo». «¿Primero de junio de 1988?» «Pues sí. Cuando encontré esa foto y vi la fecha, no lo creí, recorrí con los ojos por las mesas, viendo si nos hallaba allí en el medio, mas no. Cada día miro esa foto, pensando: ¿será que todavía íbamos a llegar o será que nos habíamos ido? Voy a morir con esa duda. De cualquier forma, ahí mi testimonio: fue en ese lugar, en ese día, hace veinticinco años hoy ... hoy ... muchacho. Allí, le dejo del lado de la vereda, ¿está bien?».

2.3. Tarde Tropical (Vespertina tropical)

Cuando hubo acabado de crear el firmamento, las aguas y los continentes, el lucero mayor para gobernar el día y el menor para gobernar la noche, el hombre, la mujer, la cebra, las orquídeas, los electrones, la fruta umbú,⁴ y la neblina, Dios quiso dar un último toque a su obra. En un arrebatado de inspiración, allá por las 5:54 de la tarde del sexto día, pintó la aurora boreal. Es, de hecho, algo estupendo: más bonita que la puesta del sol, más grandiosa que el relámpago. Quería que fuera la cumbre de la creación, la mayor atracción de la Tierra. Y que delante de la cual, las parejas en luna de miel dejarían caer los mentones, los japoneses levantarían las cámaras, y los mochileros batirían las palmas. Todos contentos por haber nacido en este planeta bendecido y multicolor, mas infelizmente –como se sabe– la aurora boreal no permaneció del todo.

Claro, está lejos, es raro, y es muy temprano, como esos espectáculos increíbles que ocurren los domingos por la mañana en el Parque do Carmo.⁵ ¿Te imaginas a la aurora boreal en los trópicos, cada día, a las seis y media de la tarde? Un sujeto está en un taxi en la avenida Atlântica, en Río de Janeiro, mira por un lado, el cielo todo verde, amarillo, naranja y púrpura, saca el celular, hace un selfi, lo sube a la red «#tardetropical!!!», y sigue para casa satisfecho. Pero no, y es en Groenlandia, 4:30 de la madrugada, nadie sabe cuándo: ahí aparece.

La aurora boreal es toda una belleza, mas la naturaleza está llena de desarreglos semejantes. No es sorprendente: fue creada hace millones de años, nunca pasó por una revisión, y aún es administrada por el fundador. Si yo fuera Jehová, llamaba a una de esas consultorías especializadas en hacer la transición de empresas familiares a organizaciones –digamos– más

⁴ Fruta que crece solamente en Brasil.

⁵ Parque municipal en São Paulo.

competitivas, y comenzaba una gestión. No hace falta gastar mucho, basta con asignar mejor los recursos.

Mira los cometas, por ejemplo. Todos esparcidos por ahí, nos visitan únicamente cada setenta o cien años, a veces llegan de un lado, otras veces de día, nadie los ve, son un gran desperdicio de energía. ¿Por qué no perfeccionar esas órbitas? ¿Por qué no hacer que vengan cinco o diez al mismo tiempo, en la noche de Réveillon,⁶ proporcionando una especie de quema de fuegos globales a nuestra sufrida humanidad?

La gravedad es otro asunto que merece ser calibrado: ¿tiene que ser 9,8 m/s²? ¿Por qué? ¿Cómo llegó Dios a ese número? Me gustaría que él abriera los planos para entender si cada m/s² es realmente necesario. Con la mitad de esa atracción continuaríamos pegados al suelo y sería mucho más agradable moverse por ahí. Lo mínimo que el Señor podría hacer sería darnos una reducción de calor desde diciembre a marzo: imagina qué alivio sería enfrentarse a ese calor con un 25 % menos de esfuerzo durante la «gravedad del verano». Sin hablar, obviamente, de un 50 % menos para las embarazadas, ancianos, y personas en sillas de ruedas.

No tengo duda de que el Todopoderoso se resistiría a esas y otras reformas. Crear el universo es el tipo de cosa que infla un poco el ego del sujeto, mas sería bueno si Él se animara a colocar el mundo en otros ejes: ¿has notado cómo la Tierra gira toda chueca, vestida como el Fraile Damião?⁷

Si mi lista de sugerencias no puede convencerlo usando el sentido común, ¿quién sabe?, ¿al menos un consejo le daría un pinchazo a Su vanidad? Ahora, Shaddai, la aurora boreal es un negocio tan lindo, tan grandioso, tan divino, no es justo que siga siendo exhibida, año tras año, solo para que la contemplen los osos polares, las focas, y Björk,⁸ ¿no crees?

2.4. Separación (Separação)

El río tenía unos treinta metros de ancho y descendía fuerte por el medio de las matas, negro como la coca cola, yendo a desembocar cincuenta o setenta metros más abajo, en la playa. Del bar, vimos todo: el hombre pasa por delante de nosotros con la vaca, va hasta la orilla y silba por la canoa, desde el otro lado. Mientras que el niño flacucho venía remando, de pie,

⁶ El Año Nuevo en Brazil.

⁷ Fraile Damián.

⁸ Cantante nacida en Islandia.

tratamos de rechazar la improbable hipótesis: «No, no es posible, ellos no van a intentar una cosa de esas», pero entonces el niño arrastró la canoa por la arena, tiró de la vaca por las orejas, y tú me miraste afligida.

La vaca rehusaba a subir: buscaba liberar su cabeza de las manos del niño, al mismo tiempo que se giraba y se soltaba con una eficiencia torpe de los empujones del dueño y de los otros hombres que surgieron para ayudar. Intenté tranquilizarte: «Ellos deben hacer esto todos los días. ¿Cómo crees que la vaca llegó hasta aquí? Aquí, solamente se llega en canoa», mas no pareciste muy convencida y escondiste la cara, solidaria con la vaca.

Yo pedí una cerveza y tú me miraste feo, como si fuera un acto de suprema insensibilidad continuar bebiendo mientras, a pocos metros de allí, el animal pasaba por este aprieto. ¿O qué querías que yo hiciera? ¡Qué prohibiera a los hombres de hacer el traslado! ¿Qué me enfrentara con ellos con mi iPhone y les mostrara las normas internacionales del transporte hídrico de vacunos?

Después de unos minutos, los hombres finalmente consiguieron levantar las patas delanteras de la vaca y el niño deslizó la canoa por debajo. Entonces, hicieron lo mismo con las piernas de atrás. Cuando arrastraron la canoa hacia el río, te levantaste, pero yo te dije: «olvídalo, siéntate aquí», mas fuiste hasta allí. Yo fui detrás. Nos quedamos al margen, observando. Decías no y no con la cabeza mientras repetías: «¡qué absurdo!», «¡qué absurdo!», mientras yo te daba cariño en tu hombro».

El niño remaba furiosamente, mas la canoa iba más rápido en dirección al mar que a la otra orilla. Desde la tierra, los hombres gritaban instrucciones, como hinchas del fútbol agarrados al alambrado del estadio, y allí quedó claro para mí que ninguno de ellos jamás había cruzado una vaca en canoa.

Cuando el niño y la vaca llegaron a la mitad del río, donde el agua era más turbulenta, la vaca se espantó, comenzó a dar golpes; el niño intentó equilibrar todo alternando el peso con los pies, mas no había manera, la canoa se hundió. En lo que se hundía, yo pensé que era el fin de la vaca. Un animal tan pesado, con piernas finas, no debía saber nadar. Bueno, si no lo sabía, aprendió muy rápido, pues, unos metros adelante, he aquí que surgió su cabeza y luego el niño a su lado, batiendo las piernas y tratando de empujarla hacia tierra, por el pescuezo.

Fue un momento de prisa maldita, alguien fue a buscar otra canoa no sé dónde, se habló de cuerdas y cámaras de neumáticos, mas no hubo tiempo. El río bajaba fuerte, en menos de un minuto la vaca ya estaba en el mar. Había pasado la rompiente y continuaba su jornada rumbo a África, a

Oceanía, al cielo, o al infierno de los cebús. ¿Vaya a saber si ellos tienen allí sus santuarios también?

Una semana después, ya en São Paulo, cuando me hablaste sobre el momento que estabas viviendo, la voluntad de quedarte un poco sola y todo lo demás, yo oí callado y acepté. Los dos sabemos, sin embargo, que la relación se había terminado siete días antes, mientras contemplábamos los ojos asustados de la vaca, cada vez más lejos, mar adentro.

2.5. Se está yendo (Indo embora)

Como en tantas otras madrugadas, me levanto con el bullicio del monitor de bebé. Es Olivia, mi hija mayor, de dos años y medio. La mayoría de veces, ella se gira de un lado y se vuelve a dormir, sola. Algunas noches, sin embargo –y es el caso aquí–, ella se sienta en su cuna y comienza a gritar «¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!» o «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!» hasta que uno de nosotros aparezca para responder a sus reclamos.

Son dos hijos, dos monitores cuyos signos se entrecruzan, de modo que no escucho bien si es «¡Papá!» –y seré yo el que salga tropezando por la noche fría– o «¡Mamá!» –y le corresponderá a Julia explicar que no es hora de mamar, ni de ir a la escuela, ni de brincar como el señor Batata, ni de oír la Gallina Pintadita, sino la hora de dormir.

«¿Es papá o mamá?», balbuceo, con los ojos cerrados, hasta que mi mujer, sin ninguna compasión, sin ni siquiera agarrar mi mano o acariciarme, pronuncia: «Es “Arthur”». Una espada samurái atraviesa mi pecho.

...

Es claro que yo sabía que ese día iría a llegar: el día en que aquella bebé linda que cargué en mis brazos, en la maternidad, aquel ser indefenso que traje a casa a quince kilómetros por hora con la luz de emergencia, aquella bebé que tantas veces limpié, aquellas miradas deslumbrantes ante quienes expliqué «este es el león», «esta es la luna», «esta es la albahaca», «esta es la lluvia», me iba a cambiar por otro hombre. Pensaba, sin embargo, que ese día solo vendría de aquí a unas dos décadas, según la previsión más pesimista.

Pensándolo bien, no había pesimismo en la previsión. Imaginaba, no sé si desde lo alto de mi narcisismo o del fondo de mi ingenuidad, que iría a encarar tal día con satisfacción. Al final, yo habría criado a mi hija para el mundo. Que ella saliera por ahí enamorándose y a tener citas sería una señal de su salud y de nuestro acierto.

¿Un padre celoso? Con más de cincuenta años y, sin embargo ... mis amigos ... cuando descubro que no es a mí a quien ella implora para salvarla de la oscuridad y la soledad, sino a Arthur, un compañero de la escuela, un muchacho de más edad, dicho sea de paso, ya bordeando los tres años, un nudo se formó en mi garganta.

Estirado en la cama, temblando, me doy cuenta de que, en las últimas semanas, ella ya venía dando señales de aquella pasión, y, peor, yo las estaba recibiendo con evidente irritación. Yo repetía *Marcelo, marmelo, martelo*, Olivia ponía el dedo hacia el frente y decía: «¡Arthur!». «¡No, Olivia, no es Arthur, es Marcelo!». Aparecía el hermano de Pepa, en la televisión, y ella corría hasta la pantalla sonriendo: «¡Arthur!». «¡No, Olivia, no es Arthur, es el hermano de Pepa, George!». ¿Los tres cerditos? «¡Arthur! ¡Arthur! ¡Arthur!». «¡No, Olivia, son Práctico, Cícero y Héctor!». «¿¡Arthur!?» «Héctor».

...

«¡Si no vas, yo voy!», exclama mi mujer, saliendo de la cama, sorprendentemente insensible ante mi cataclismo emocional. Solo, viendo a Olivia en la pequeña pantalla del monitor, comprendo que no es envidia lo que yo siento, es soledad, una soledad inédita y brutal: aquella niña sentada en la cuna ya empezaba a salir de casa, se está yendo, minuto a minuto, desde el día en que la cargué en mis brazos por primera vez, en la maternidad; luego ... luego, ella partirá, con los brazos extendidos hacia algún Arthur, después me vuelvo viejo ... ahí es cuando muero ... entonces se acabó lo que era dulce, o agridulce, tan rápido, ¡qué cosa más loca es todo esto!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Darrigrandi, Claudia (2013), «Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio», en *Cuadernos de Literatura*, 17, pp. 122-143, en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=439843031007> (fecha de consulta: 15/10/2018).

Prata, Antonio (2011), «O lugar da crônica, essa “Vira-Lata” da nossa literatura», entrevista de Luís Henrique Pellanda, en <http://www.suplementopernambuco.com.br/entrevistas/388-o-lugar-da-cronica-essa-vira-lata-da-nossa-literatura.html> (fecha de consulta: 18/10/2018).

Prata, Antonio (2016), *Trinta e poucos*, São Paulo, Companhia Das Letras.